Domingo 14 de enero de 1996
El Evangelio de Hoy, Diario "El Sur"

Jn 1,29-34

He visto el Espíritu que bajaba y se quedaba sobre él

Con la celebración de la Epifanía del Señor concluyó el tiempo litúrgico de la Navidad y comenzó el tiempo ordinario. Hoy día celebra la Iglesia el segundo domingo del tiempo ordinario. Se llama "segundo", porque la semana pasada, fue la primera. En varias ocasiones hemos dicho que la liturgia de la Palabra, dentro de la celebración dominical, está organizada en tres ciclos de lecturas, A, B y C, caracterizados respectivamente por la lectura de los Evangelios de Mateo, Marcos y Lucas. Este año estamos en el ciclo A y en los domingos del tiempo ordinario leemos el Evangelio de Mateo. Sin embargo, en el segundo domingo del tiempo ordinario, en los tres ciclos, se lee el Evangelio de Juan. En cada ciclo se toma un episodio de la "semana inaugural" (Jn 1,19 a 2,12). Justamente cuando se va a empezar a desplegar domingo a domingo la vida, obras y palabras de Jesús, es significativo comenzar con esa primera semana de su ministerio público, en la cual Jesús comienza a manifestarse.

Si buscamos en nuestro libro de los Evangelios el episodio de hoy, veremos que comienza con estas palabras: "Al día siguiente Juan ve a Jesús venir hacia él..." (Jn 1,29); y que el episodio siguiente comienza con esas mismas palabras: "Al día siguiente, Juan se encontraba de nuevo allí con dos de sus discípulos..." (Jn 1,35). Así se introducen el segundo y tercer día de esa semana inaugural de la vida pública de Jesús. Este domingo leeremos lo que ocurrió el segundo día de esa semana.

Sabemos que Jesús había tenido su primer encuentro con Juan el Bautista cuando cada uno se encontraba en el seno de su respectiva madre. Cuando la Virgen María, después del anuncio del ángel Gabriel, visitó a su pariente Isabel, ésta quedó llena de Espíritu Santo y exclamó: "¿De dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí? Apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo saltó de gozo el niño en mi seno" (Lc 1,43-44). Ese niño que saltó de gozo en el seno de su madre ante la proximidad del Hijo de Dios encarnado en el seno de María era Juan el Bautista. Pero, después, la vida había llevado a ambos niños por caminos diversos. Ahora, cuando ambos son adultos, de nuevo se encuentran y de nuevo se repite la conmoción de Juan ante la presencia del Hijo de Dios. Es el espíritu profético que se agita en él. Por eso Jesús lo define como "un profeta, y más que un profeta" (Lc 7,26).

Ese día estaba Juan predicando la conversión y bautizando en el desierto al otro lado del Jordán, como solía hacer, y venía hacia él una muchedumbre. El los bautizaba en la certeza de que por medio de ese rito sería manifes-

tado el Elegido de Dios. De pronto Juan se dirige hacia uno de los que venían hacia él y exclama: "He ahí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo". Y agrega: "He venido a bautizar con agua para que él sea manifestado a Israel". Juan había comenzado a bautizar, no por propia iniciativa, sino como una misión encomendada por Dios mismo. Por eso dice: "El que me envió a bautizar con agua, me dijo: 'Aquel sobre quien veas que baja el Espíritu y se queda sobre él, ése es el que bautiza con Espíritu Santo'". Jesús mismo reconoce el origen divino de esa misión cuando pregunta a los fariseos: "El bautismo de Juan, ¿de dónde era, del cielo o de los hombres?" (Mt 21,25).

En ese momento Juan recibe la visión que le permite reconocer al Elegido de Dios: "He visto al Espíritu que bajaba como una paloma del cielo y se quedaba sobre él". Y sobre la base de esa visión puede concluir: "Yo lo he visto y doy testimonio de que éste es el Elegido de Dios ... éste es el que bautiza con Espíritu Santo". El signo más evidente del Mesías es la posesión del Espíritu de Dios. Así estaba anunciado con insistencia en los profetas. Del descendiente de David que se esperaba como Salvador estaba escrito: "Reposará sobre él el Espíritu del Señor" (Is 11,2), y acerca de él dice el Señor: "He aquí mi Elegido en quien se complace mi alma: he puesto mi Espíritu sobre él" (Is 42,1). Juan vio el Espíritu en la forma visible de una paloma descender sobre Jesús y permanecer sobre él, y reconoció el cumplimiento de ese signo.

Uno de los primeros Padres de la Iglesia, San Ireneo (140-202), hace un comentario maravilloso de este episodio. El afirma haber escuchado en su juventud a San Policarpo, quien había tenido trato personal con el evangelista San Juan. Ireneo escribe: "El Espíritu descendió sobre el Hijo de Dios, hecho hijo del hombre: de esta manera, con él se habituaba a habitar en el género humano, a reposar sobre los hombres y habitar en la creatura de Dios; realizaba en ellos la voluntad de Dios y los renovaba haciendolos pasar de la antigüedad a la novedad de Cristo" (Contra las herejías, L. III, Cap. 17,1). El Espíritu que había de ser comunicado por Jesús, reposando primero en él, se había habituado a estar en el hombre. En adelante debería reproducir la imagen de Jesús en aquellos a los que sería comunicado. El Espíritu tiene la misión de hacer del hombre otro Cristo. Por esto el signo visible propio de la comunicación del Espíritu Santo es la unción. El que es "ungido" con óleo es externamente un "cristo" (ungido), pero es también internamente un "Cristo" porque ha recibido por ese signo el Espíritu habituado a Cristo.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo Auxiliar de Concepción